

March 2002

Número 24: 3º de Cuaresma - Domingo de Pascua de Resurrección

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh>



Part of the [Christianity Commons](#), and the [Practical Theology Commons](#)

Recommended Citation

(2002) "Número 24: 3º de Cuaresma - Domingo de Pascua de Resurrección," *Estudios Exégeticos Homiléticos*: Vol. 2002 : No. 24 , Article 1.

Available at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh/vol2002/iss24/1>

This Peer Reviewed Article is brought to you for free and open access by Digital Commons @ Luther Seminary. It has been accepted for inclusion in *Estudios Exégeticos Homiléticos* by an authorized editor of Digital Commons @ Luther Seminary. For more information, please contact akeck001@luthersem.edu.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 024 – Marzo 2002

ISEDET, Instituto Universitario

(Autorización Provisoria Decreto PEN 1340/2001)

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos (ISEDET)

Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

Responsable: Néstor Míguez

Introducción General

A lo largo de este tiempo de Cuaresma y la Pascua que celebramos este mes, las lecciones del Evangelio provienen, en su mayoría, del Evangelio de Juan. El origen y contenido del Evangelio de Juan, sus particularidades teológicas en el conjunto de los escritos neotestamentarios y las diferencias significativas con los Evangelios sinópticos, que incluyen un calendario distinto para la Pascua, han sido motivo de abundantes estudios y debates, cuyos resultados están lejos de ser definitivos. Por ello no quisiera entrar en cuestiones detalladas sobre este texto, pero sí dar algunas de las características que asumo para interpretar los textos propuestos.

1. Este Evangelio está más interesado en la fe del lector que en el rigor de sus datos (Jn 20:30-31). Aunque sabe que para que se suscite esa fe los datos deben ser ciertos. Pero no le preocupan los hechos y dichos de Jesús en cuanto precisiones históricas, sino en cuanto **señales** de que es el Hijo de Dios. Mientras Lucas intenta comunicar los datos que hacen a una historia (Lc 1:1-4), Juan quiere dar testimonio de señales que inducen a la fe.
2. Juan ama los grandes relatos. A diferencia de los Sinópticos, que mencionan gran cantidad de pequeños episodios, curaciones, dichos ocasionales de Jesús (aunque Mt los reunirá luego en cinco grandes discursos), Juan prefiere narrativas extensas. Hay, también, algunos relatos más breves (p. ej., las bodas de Caná). Pero en general prefiere demorarse en pormenorizar las conversaciones y discursos de Jesús, seguir un pequeño relato con sus antecedentes y consecuencias. Todo ello con una gran economía de vocabulario, y en torno de ciertos temas y palabras recurrentes a lo largo de todo el escrito: luz, vida, testimonio, verdad, fe (confianza hacia). Todas ellas ya aparecen en el prólogo (Jn 1:1-18). Para usar una figura, mientras los otros evangelistas buscan profundidad cavando con pala (abarcando mucho para poder ir más hondo), Juan lo hace con barreno. Gira una y otra vez con los mismos conceptos básicos, pero en cada vuelta logra penetrar más en las insondables riquezas del mensaje de Jesús.
3. El lenguaje del Evangelio de Juan nos muestra una mayor elaboración de parte de la comunidad. A veces resulta imposible distinguir cuando termina el discurso de Jesús y comienza el comentario del evangelista, o la comunidad que el evangelista representa. El conocido texto de Jn 3:16 y siguientes es un claro ejemplo: ¿Son estos versículos parte de las palabras de Jesús ante Nicodemo, o son una reflexión del evangelista sobre las palabras de Jesús en 3:14-15? A su vez, en cada versículo siguiente se podría decir lo mismo, que son

glosas derivadas de las afirmaciones anteriores. Esto encontramos en varios pasajes de este Evangelio.

4. El evangelio de Juan supone una gran continuidad entre Jesús y sus seguidores. A diferencia de Lucas, que usa un segundo tratado para contar la historia de la Iglesia tras la Ascensión, Juan va contando las características de la comunidad de fe entre líneas de la narrativa de Jesús. Y si bien hay alusiones claras a la distancia entre Jesús y sus discípulos, especialmente durante el ministerio terreno de Jesús, también se marcan las similitudes y continuidades a partir de la fe: también los que reciben a Jesús son hijos virginales de Dios (Jn 1:12-13), pueden hacer las obras de Jesús y aún mayores (14:12) y amar como el mismo Jesús ama (15:16). No hay en Juan relato de la Ascensión (la verdadera Ascensión en Juan es el Cristo levantado en la Cruz), en cambio hay una afirmación de la validez de los testimonios (21:24-25). Es la comunidad la que hace presente a Jesús en el mundo (1 Jn 4:17).

Estas características del Evangelio de Juan lo hacen particularmente apto para el tiempo de Cuaresma, donde nos nutrimos en la fe para afirmar nuestro posterior testimonio del resucitado. Acompañamos a la comunidad del Discípulo amado en este repaso de su historia como parte de nuestra propia historia. En los relatos de sus encuentros con Jesús y las decisiones de fe que levantó en ellos podemos descubrir caminos para reafirmar nuestra relación con el Maestro y reafirmarnos en el Espíritu que nos convoca y guía.

Los textos que corresponden a esta época son todos textos muy conocidos y trabajados. Los comentarios suelen repetirse en los mismos asuntos. Sin pretender, entonces, plantearnos grandes novedades, intentaremos otro camino. Como lo que tenemos son relatos, en lugar de intentar analizarlos conceptualmente, procuraremos interpretarlos narrativamente, mediante la recreación del texto cambiando la óptica del narrador. Por supuesto que lo que hacemos tiene algo de ficcional (pero ¿quién dijo que las sesudas elucubraciones de los otros métodos no lo tienen también?!). Es una práctica a la que solemos recurrir en la Lectura Popular de la Biblia, ya que permite descubrir temas y perspectivas del texto que a veces otros métodos olvidan, y donde no se necesitan elaboradas herramientas académicas, sino más bien sensibilidad a las diversas condiciones humanas, aunque a veces parezca un poco irreverente. Y si bien en el relato procuramos incluir algunos elementos de explicación textual y de contexto, la finalidad es, sobre todo, alentar la posibilidad de nuevas miradas sobre el texto, de abrir otras perspectivas de lectura, estimular diversas comprensiones de la Palabra. Sepan disculpar si mis limitaciones literarias hacen que los personajes se parezcan demasiados unos a otros, en su lenguaje y formas. Estoy seguro que pastores y comunidades sabrán mejorar esos aspectos de esta presentación.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 024 – Marzo 2002**ISEDET, Instituto Universitario****(Autorización Provisoria Decreto PEN 1340/2001)****Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos (ISEDET)****Buenos Aires, Argentina****Este material puede citarse mencionando su origen****Domingo 03.03.2002 – 3º de Cuaresma – Néstor Míguez**Salmo 95; Éxodo 17: 3-7; Romanos 5: 1-11; **Juan 4:5-26 (27-42)****Análisis del texto**

El relato del Encuentro de la mujer samaritana con Jesús junto al pozo de Sijar ha sido uno de los textos más comentados por su riqueza, por las afirmaciones de Jesús en torno de sí mismo y del Padre, por la apertura de Jesús a los diferentes (mujer, samaritanos), por el impacto misionero de esta conversación/conversión, etc. Intentar un resumen de todos estos aspectos resulta imposible en este breve comentario. De acuerdo al método propuesto, lo que haremos es destacar algunos elementos narrativos poniéndolos en la perspectiva de alguno de sus personajes. En este caso lo haremos desde la óptica de la mujer samaritana.

La mujer va al pozo a buscar agua. Esto ya define la posición social: es una tarea de pobres o de siervas. Es una tarea pesada (recordemos la conocida cumbia colombiana *La múcura* [ánfora de barro para transportar agua] y su estribillo en boca de una muchacha... “Mamá, no puedo con ella...”), especialmente si hay que hacerla bajo el sol del mediodía. También probablemente define su escaso humor, su deseo de terminar y volver cuanto antes. En camino al pozo se cruza con unos judíos de Galilea que van a la aldea a buscar comida (los discípulos), y que ni le hablan. Quizás ni siquiera notan su paso. Al llegar se encuentra con otro judío, a orillas del pozo. Se sorprende porque este otro sí le habla y le pide agua. “Ya –pensó la mujer, cuando hay necesidad se acabaron los prejuicios”. Se lo hace notar... ¡Cómo, un judío pidiéndole agua a una mujer samaritana!.. si ni siquiera quieren usar los utensilios que nosotros tocamos... (La lectura tradicional ha puesto el énfasis en que Jesús rompe el prejuicio... mirándolo desde la mujer a lo mejor aparece otro matiz: los prejuicios de los orgullosos varones judíos se acaban cuando tienen sed...).

La respuesta de Jesús aparece como un acertijo... “Si conocieras el don de Dios... (v.10)”. Jesús le habla en tercera persona, como si no estuviera involucrado en la conversación. “Aja, ahora me quiere confundir para no dar el brazo a torcer”, reacciona la mujer. Pero no voy a caer en su juego... sigamos con las cosas simples. –Vamos, con qué vas a sacarla... esto no es una fuente... (y luego, para sí)... Voy a poner en su lugar a este judío presuntuoso que se cree un “don de Dios”... (y nuevamente en voz alta) ¿Acaso eres mayor que nuestro padre Jacob...? (v. 12).

Jesús le responde con nuevos enigmas (v. 13-14). La mujer: (Ahhh... si éste es el juego, sigámoslo en la misma línea...) “Bueno, dame de esa agua, así no tengo que venir más acá”... (A ver si ahora me respondes. Que siga con sus enigmas y frases, que yo seguiré con la realidad cotidiana...). Los teólogos siglos después interpretan... “La mujer no entiende, no es capaz de discernir el Cristo que le habla... sigue apegada a las cosas terrenales, y Jesús le habla de cosas espirituales...”. Otros, con mejor voluntad, ven en la mujer un sincero deseo de romper con la tradición y acceder a lo nuevo que Jesús le ofrece, aunque siguen interpretando en clave simbólica, en la clave que propone Jesús y no la que maneja la mujer. Es fácil interpretar veinte siglos después y con el mensaje completo.

Pero la mujer muestra su inteligencia y perspicacia al mantener el juego de tensiones entre enigmas y realidad. Ella entiende desde su propio mundo vital. Ella está allí y sabe el duro suelo que pisa... no la van a mover así nomás las extrañas adivinanzas de un forastero. Si no pueden cambiar su realidad del pesado trabajo de cada día, esos enigmas no sirven. Son las elucubraciones que pueden proponer los que no tienen la dura tarea de buscar agua todos los días.

El diálogo continúa. Ahora sí, Jesús vuelve al lenguaje de las cosas llanas... “busca a tu marido”. La mujer siente una pequeña victoria... “Claro, quiere hablar ‘de hombre a hombre’, no sabe cómo manejarse conmigo... no me pudo arrastrar con sus incógnitas... ahora está tratando de derivar hacia otro lado; al final se va a quedar con sed por mostrarse misterioso...”. “No tengo marido”, contestó. “Esto se está terminando, no vamos a seguir con este diálogo inútil. Ya va siendo hora de volver”, seguramente pensó.

¿Qué quiso decir Jesús con eso de los cinco maridos? Dejemos a los teólogos que discutan la naturaleza simbólica o real de esta afirmación, que tanta mala fama le trajo a la pobre trabajadora de Sijar. Pero en la cabeza de aquella mujer de pueblo eso hizo un ¡clic! Sea por lo que fuera, se dio cuenta que el juego de enigmas comenzaba a tocar la realidad de su vida. Acá se demuestra su inteligencia: fue capaz de percibir como se modificaba el sentido de esta conversación porque el forastero ya no proponía abstracciones, sino que hablaba de sus relaciones vitales. Hablaba de sus desplazamientos: una mujer no podía divorciarse, la iniciativa siempre correspondía al varón. Cinco varones la habían buscado para después deshacerse de ella. Si cinco maridos la habían repudiado, cinco veces había sido acusada, desamparada, privada de una relación necesaria para la subsistencia. Ahora otro hombre, que no es su marido, le estaba dando protección. Ahora sí el forastero comienza a descorrer el velo de la realidad, a mostrar la injusticia que ha debido soportar, el lugar en el que ha sido puesta. Mientras los comentarios suelen poner la carga de culpa en la inconstancia (y hasta el adulterio) de la mujer, pocos miran la exclusión de la que ha sido víctima por los sucesivos despreciadores. Ahora este forastero toma esto en serio: eso lo hace profeta. La cosa comienza a cambiar.

Allí muestra que no era nada tonta. Conoce las condiciones y discusiones de su pueblo. “Ya que has podido mostrar la injusticia que afecta mi vida, dice, mira la que afecta a mi pueblo, privado de un lugar de culto (v. 20 –notar el tiempo pasado del verbo adorar: el Templo samaritano del Garizim había sido destruido por los judíos en época de los macabeos. Si querían celebrar el culto debían hacerlo en tierra enemiga y bajo sacerdotes hostiles). Ella ha llevado a Jesús a su terreno: debe aclarar sus dichos a partir de tomar en cuenta las realidades de vida. La realidad del duro trabajo de las mujeres aldeanas, de la exclusión de la repudiada, de la discriminación religiosa a la

que ha sido sometido su pueblo. Las respuestas de Jesús tendrán que ver con esto para tener sentido.

La respuesta de Jesús comienza a hacer sentido de los enigmas anteriores. Estamos hablando de la realidad, pero de una realidad en sus dimensiones más profundas, de la realidad que le da sentido a las otras realidades. La mujer no es tonta. Percibe esto y lo reconoce. Lo espiritual que Dios busca, y de los que buscan a Dios, está a su alcance. Se hace persona: es el que habla con ella. Entonces sí, ella, dejando el cántaro, va a mostrar ante la aldea que hay quien le ha dicho verdaderamente quien es, que la ha reconocido como persona, que le ha confrontado con el significado profundo de sus hechos (v. 28).

Sugerencias homiléticas

Se nos ofrecen varios temas. Uno es la posibilidad de mostrar, si se sigue la pauta exegética anterior, como las distintas perspectivas y miradas abren otras significaciones para el mensaje. No siempre hay que mirar la fe desde lo doctrinal, desde lo simbólico, desde el protagonismo de Jesús. La fe es necesariamente diálogo, donde la respuesta humana es fundamental. Y la respuesta humana no es solo sí o no (en ese caso no hay diálogo). Es también de sentimientos, condiciones, vivencias, de situaciones que van permitiendo y modelando el sí de Dios en Jesús, como el sí humano desde espacios y esperanzas concretas, desde lugares de dolor y exclusión que esperan justicia.

También es posible enfocar este texto desde la perspectiva de los prejuicios. Veinte siglos después la mujer de Sijar sigue siendo acusada de adúltera, tonta, incapaz, en cientos de comentarios y predicaciones. Hemos tratado de mostrar que esa lectura es ya víctima de los prejuicios. La discriminación que Jesús logra vencer se ha reinstalado en los discursos teológicos. Ella ha sido víctima de leyes machistas, de una sociedad patriarcal y de formas de exclusión muy dramáticas. No son los cinco casamientos de Elizabeth Taylor u otra diva de Hollywood. Es la historia de una mujer trabajadora aldeana, que supera la limitación cultural que le es impuesta para reconocerse a si misma en la misionera de una humanidad más plena, y la persona digna que dejando el cántaro anuncia la venida del Mesías.

En esta línea es también posible destacar la idea de la importancia del contacto con el mundo real, la necesidad de que el mensaje del Evangelio pueda tocar los mundos vitales distintos de nuestras condiciones humanas. La conversación aparece errática mientras Jesús habla en el plano simbólico, pero apela y se hace revelación para aquella mujer cuando toca su vida cotidiana. Los misterios hacen sentido cuando no se muestran separados de la vida de todos los días, sino en su base y fundamento, en la orientación que es capaz de darle a los actos dispersos de la vida una conexión más profunda. “Me ha dicho cuanto he hecho” (v. 29) no es solo que le ha contado lo que ella ya sabía. Les ha dado sentido de verdad y coherencia a los actos y sufrimientos que parecían dispersos, a su vida. Ha bebido así del agua que brota para vida eterna.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 024 – Marzo 2002

ISEDET, Instituto Universitario

(Autorización Provisoria Decreto PEN 1340/2001)

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos (ISEDET)

Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

Domingo 10.03.2002 – 4º de Cuaresma – Néstor Míguez

Salmo 23; 1 Samuel 16:1-13; Efesios 5:8-14; Juan 9:1-41

Análisis del texto

Este largo y hermosísimo relato es, a mi gusto, una de las piezas narrativas más ricas de la Biblia. Nuevamente el sentido de esta comunicación nos impide entrar en todos sus variados y productivos aspectos. Siguiendo una aproximación similar a la usada con el pasaje anterior, nos detendremos en las actitudes de los diversos personajes. No uno, como en el caso anterior, pero sí las conductas humanas que se muestran en la galería de protagonistas que van apareciendo.

Si bien la actitud de Jesús y su acto de darle vista al que había nacido ciego está en el trasfondo de la narrativa, Jesús solo aparece al principio y al final del mismo. Es el que pone la cosa en movimiento y quien luego evalúa el resultado. Pero el resultado no es solo lo que ocurre con el ciego: como el mismo Jesús lo muestra en su intervención final, su acción ha suscitado otras reacciones que muestran lo que hay en el corazón y la mente de otros personajes. Ha desatado son los egoísmos, mezquindades, orgullos o indiferencias de otros participantes. Pero vayamos por partes...

Los primeros que intervienen son los discípulos. Ellos perciben que Jesús se ha fijado en ese ciego a la orilla del camino, y largan su pregunta. Como buenos aprendices de teólogos, más que ocuparse de la situación del hombre ciego (¿podrá, o querrá, curarlo Jesús?) buscan una respuesta sobre la teología de la culpa. Es necesario encuadrar esta situación dentro de un esquema teológico, explicarla en función de pecados, de herencias o castigos. Las situaciones dolorosas son motivo de especulación. Jesús no los desecha, no ignora la pregunta, pero la reconduce: Lo importante es dar lugar a que se manifieste la gloria divina... comienza a arrojar luz declarándose la luz del mundo, y señalando que esa luz está para iluminar las posibilidades de vida antes que discernir culpas o méritos. La pregunta abstracta de los discípulos es respondida con un acto concreto sobre los ojos del ciego.

Dejemos la actitud de este hombre que había nacido ciego para más adelante. Miremos los otros personajes que van asomando: los vecinos. Parece que ciertas actitudes son universales en lugar y tiempo. Se forma el corrillo, comienzan los chismes y las desconfianzas. ¿Qué habían hecho ellos por él antes? Algunos no están en condiciones siquiera de afirmar su identidad, lo único que sabían era de su ceguera. Lo caracterizaban por su dificultad, no por su persona. Si ya no está

ciego no tienen forma de reconocerlo. Lo reconocen porque mendigaba... ¿cuántos de esos vecinos que hoy cotorrean en torno de él se habían aproximado antes para ayudarlo? Una vez que escucharon el relato, pierden interés en él. Ahora quieren saber qué pasó con el otro hombre, con el que le dio la vista. Los mueve la curiosidad, no el amor.

Ahora intervienen los fariseos y jefes sinagogales (no son necesariamente lo mismo). La larga intervención de estos da mucha tela para cortar. Releyéndola veremos personas interesadas en preservar sus saberes y costumbres como algo inamovible. Todo cambio o surgimiento de algo inesperado los pone nerviosos, a la defensiva. Su rigidez les impide abrirse a lo nuevo, a lo que sale de los carriles y normas que construyeron y que arrojan sobre el resto de la sociedad. Saben lo que es un pecador, pero no pueden reconocer a un salvador. Ellos son los dueños de una verdad legal y doctrinal definitiva, pero no de un amor sanador, de una actitud comprensiva. Son también los dueños del poder de incluir o excluir. Y no dejarán de usarlo.

Y qué de los padres... Si bien las primeras palabras de Jesús los disculpan de la ceguera de su hijo, ellos ahora se inculpan de su situación, porque se desentienden de él. Ya lo han desatendido antes, cuando, ciego, lo dejaron pidiendo limosna a orillas del camino. (Es grande, que se arregle solo... nosotros no vamos a correr riesgos y problemas por su condición...) –Sí, es nuestro hijo, nació ciego... (Ya bastante carga nos fue de chico, ahora que se arregle solo, parecen decir. Si ciego nos fue un problema, no nos será ahora que ve...) Entonces responden: “Pero no sabemos cómo es que ahora ve...”. Dejamos de ocuparnos por su ceguera, tampoco nos afecta su visión. De todos los personajes que intervienen en este episodio son los que pueden ser más cuestionados en su desamor. Es esperable que los discípulos se preocupen por cuestiones teológicas, que los vecinos sean curiosos, que los funcionarios se aferren a su poder... pero que los padres muestren tal desaprensión por un hijo nos choca. Y sin embargo, cuantas veces sucede, cuanta violencia directa o simbólica invade hoy nuestros hogares, cuantos niños son abandonados o usados para mendigar, cuantos discapacitados son excluidos, comenzando con sus propios familiares y vecinos...

Y está el que había sido ciego. El protagonista sin quererlo de las pruebas a las que son sometidos los demás, y el único que sale victorioso... perdiendo. Si antes estaba al costado de la sociedad porque no veía, ahora es expulsado porque vio demasiado. Vio la indiferencia de los vecinos, el desamor de sus padres, el autoritarismo orgulloso de los poderosos. Vio lo que discípulos, vecinos, funcionarios y padres no pudieron ver: vio en aquél viajero que lo socorrió al Salvador que le dio luz, al Hijo de Dios. No de golpe: primero lo menciona como hombre (v. 11), luego lo reconoce como profeta (v. 17) y finalmente lo adora como Hijo de Dios (v. 38). Un camino similar al que hizo la mujer de Sijar. Desde un mismo y único acto su fe va creciendo, y mayor es la confrontación, más se afirma su testimonio. Nace de la simple obediencia esperanzada de lavarse los ojos en un estanque, hasta aquella obediencia coherente que le hace jugarse por ese desconocido, porque en él encontró su verdad.

La evaluación final de Jesús es muy simple: la Luz ha venido al mundo, pero algunos prefieren permanecer ciegos, porque temen mirarse a sí mismos... El texto comienza con una pregunta sobre el pecado... al final Jesús deja una respuesta: el pecado de la ceguera es el pecado de los que dicen que lo ven todo, pero que no ven el desamor de sus propias actitudes.

Sugerencias homiléticas

¿Nos atrevemos a un autoexamen? ¿Cuánto de cada uno de estos personajes hay en nosotros mismos? ¿Cuánto de las abstracciones sobre culpas y pecados, condenaciones y castigos que señalan los discípulos? O de la curiosidad ociosa de los vecinos, de la rigidez y autoritarismo de los fariseos y jefes sinagogales, de la desaprensión de los padres. Vale la pena reconocer que la luz que Jesús también desnuda nuestra debilidad y limitaciones. Incluso como Iglesia, decidiendo a quien incluimos o excluimos. Ante los ojos de otros aparecemos reclamando adhesiones (y ofrendas), pronunciando condenas, proclamando doctrinas, imponiendo esquemas, jerarquías, organizaciones antes que sensibilidad por la necesidad real del otro. Cuánto de esto hace que permanezcamos ciegos.

Pero el camino del que recobró la vista nos muestra otra posibilidad. La de ir creciendo en el testimonio, la de ir construyendo coherencias a partir de la debilidad, la de sobreponernos a nuestra marginación a partir de la dignidad recuperada por la acción de Cristo. No para adquirir un nuevo poder que margine a otros; a veces el precio de ser creyentes es que nos ponen en tela de juicio, el de ser desoídos o dejados de lado. Pero es la posibilidad de vivir de tal manera que la luz del mundo no solo ilumine nuestras debilidades, sino que alumbre el camino de nuestra recuperación, nos oriente por sendas de salvación.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 024 – Marzo 2002**ISEDET, Instituto Universitario****(Autorización Provisoria Decreto PEN 1340/2001)****Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos (ISEDET)****Buenos Aires, Argentina****Este material puede citarse mencionando su origen****Domingo 17.03.2002 – 5º de Cuaresma – Néstor Míguez****Salmo 130; Ezequiel 37:1-14; Romanos 8:6-11; Juan 11:1-45****Análisis del texto**

¿Nos atrevemos otra vez a una mirada femenina? Recuperemos este relato desde las dos hermanas de Lázaro. ¿Cómo habrán vivido ellas este episodio, como parte de su extensa relación con Jesús? ¿Qué si Marta y María hubieran escrito este Evangelio, en lugar del discípulo amado (Jn 21:23-25 – ellas también son discípulas amadas de Jesús – 11:5)? Como ejercicio exegético propongo reconstruir este relato contado por ellas. Por cierto, no podemos abarcarlo todo, y quizás surjan otros énfasis. Pero puede ser que nos ayude a descubrir otras cosas aparte de las que sabemos de muchos comentarios.

“Lázaro, nuestro hermano, estaba enfermo. No sabíamos cuan grave podría ser. Jesús estaba del otro lado del Jordán, en los parajes que solía frecuentar Juan cuando bautizaba (cf. Jn 10:40). Son como dos días de camino, por lo menos, hasta nuestra casa en Betania. Estaba haciendo muchos discípulos allí. No queríamos distraerlo en su tarea, pero también sabíamos cuanto amaba a nuestro hermano. Así que le mandamos a avisar. Pero él pareció no darle mucha importancia. Comentó que esto era parte de la Gloria de Dios... no entendimos qué quería decir, pero no nos dejamos abatir. Estábamos seguras que él nos amaba, como a Lázaro. Con todo, decidió quedarse cumpliendo con su ministerio allí. Pasaron un par de días.

De improviso, así nos contaron Tomás, y Pedro y los otros, dijo que volvería a Judea. Dijo que Lázaro dormía, pero creemos que ya sabía la verdad, que para ese entonces estaba muerto. Lo dijo a los discípulos. A ellos les extrañó que se decidiera a volver. Sabían que las cosas estaban difíciles, ya una vez lo habían querido apedrear en la puerta del Templo. Él replicó con aquellas palabras que gustaba usar, hablando de la Luz, de su lugar en este mundo, de su misión. Tomás tomó la palabra: --”Nosotros vamos para morir contigo”. ¡Ay, estos varones!... muy machitos para hablar, sacando pecho a la distancia. Pero unos días después, cuando llegó “su hora”, como él decía, no los podíamos encontrar por ningún lado. El mismo Tomás tardó en reaparecer una semana más que los otros. Fuimos nosotras para acompañarlo en su agonía, con las otras mujeres que venían de Galilea... ¡cómo estaba mi tocaya María, su madre! Destrozada por dentro, como herido su corazón por una espada. No podíamos menos que sentir su dolor y acompañarla. Como lloraba la otra, la de Magdala. La esposa de Cleofas, también María, estaba allí. Todas María,

como la hermana de Moisés. Los que no nos conocen a veces se confunden por los nombres. Pero volvamos a lo que estábamos contando...

Cuando llegó Jesús ya nuestro hermano había muerto. Entre que le llegó el mensaje, lo que esperó y el regreso había transcurrido casi una semana. Aún estaban algunos amigos acompañándonos. Y algunos otros, no tan amigos, seguían merodeando con otras intenciones... La muerte de Lázaro era terrible para nosotras. No solo por lo que significa perder a un ser querido. Ahora nosotras quedábamos expuestas. Dos mujeres solas, en Israel, es nada. Así son las cosas; sin varón que nos ampare no nos quedaba protección jurídica, desvalidas, expuestas a los arbitrios de sacerdotes y escribas... íbamos a perderlo todo antes o después. Claro, Lázaro no nos obligó a casarnos, es un hermano comprensivo –y bastante dependiente, dicho sea de paso. A los hombres solos les cuesta arreglarse, especialmente cuando se van poniendo viejos... Él no se casó, y necesitaba mujeres en la casa. Pero esa actitud puede resultar en defecto: cuando murió sentimos un terrible desamparo. Ahora es distinto, sabemos que los hermanos de la comunidad nos van a ayudar.

Por eso, cuando llegó Jesús, Marta, que salió a recibirlo, no pudo evitar un cierto reproche. Lo habíamos conversado entre nosotras y no pudo refrenarlo. A tantos enfermos ayudó, incluso a la distancia, como al hijo de ese funcionario real (cf. Jn 4:49-53) y no se movió por nuestro querido hermano. Ahora queríamos que él orara a Dios por nosotras, para que pudiéramos arreglarnos en esta situación. Seguíamos confiando en que Dios le escucha, y que nos daría alguna salida. Después nos dimos cuenta que habíamos sido injustas...

Pero Jesús nos sorprendió con otra cosa, con ese anuncio de la Resurrección. Nosotras somos de aquella tradición judía que cree en la Resurrección final. No pertenecemos, por cierto, a la conservadora elite sacerdotal que lo niega. Pero Jesús dijo una de sus enigmáticas frases que tanto nos asombran y espantan a la vez, esos “Yo Soy” que tanto se parecen al nombre de Dios, que lo ponen tan cerca de Dios mismo... Resurrección y Vida. Dijo que los muertos que han confiado en él vivirán. Y resultó cierto... Marta quedó impactada. Como un arrobamiento especial la tomó. Él la confrontó directamente: “¿Crees esto? Aun no sabemos de donde surgieron las palabras... “Sí, Señor. Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios” –me escuché decir (soy yo Marta, la que escribe ahora). Nunca dije una verdad tan cierta. Poco después lo comprobaría...

Pidió ver a María. No pudo contenerse ella tampoco. Como un calco le dijo el mismo reproche. Se ve que le llegó hondo. Nuestro llanto lo conmovió. Y vimos a un hombre llorando. A Jesús llorando... Verlo llorando a él nos pareció increíble... nos conmovía su amor. Pero también nos asustaba notarle esa fragilidad. No porque fuera uno de esos que se hace el bravucón que nada le importa, sabíamos que era sensible. Pero él, que siempre consolaba a los demás, que ponía paz en nuestros corazones, tan seguro del amor del Padre, ahora mostraba su lado débil, que era tan humano como cualquiera. Hasta los otros que estaban en la casa se asombraban. “Si lo quería tanto, como no lo ayudó. Si hasta curó a un ciego de nacimiento”, murmuraban. Todas, todos, parecíamos pensar lo mismo. ¡Qué sorpresa nos esperaba!

Fue al sepulcro. Pidió que sacáramos la piedra que lo tapaba. Nos asombró su voz. Ya no lloraba. Había recobrado su compostura, su fuerza. Tratamos de disuadirlo, pensamos que quería abrazar el cadáver por última vez (a él no le importaban mucho las normas de pureza de los fariseos). Le hicimos notar que ya había comenzado a descomponerse. La verdad es que nosotras también estábamos sintiéndonos mal. Nos miró con esa mirada de amor y reproche a la vez que nunca olvidaremos. La centró en Marta. “No me dijiste que creías. Si crees, verás la Gloria de Dios”.

Ahora se imponía, todo cambió en segundos. Parecía otra vez lleno de ese poder misterioso que emanaba de él y que nos permitió después decir que “vimos su gloria”. Nadie se atrevía a desobedecer. Sacaron la piedra unos muchachos que estaban por allí. “Padre, dijo, te doy gracias por haberme oído”. Era a la vez el frágil que lloraba y el confiado anunciador del amor de Dios que habíamos conocido. Lo reafirmó: “quiero que sepan que tu me enviaste”.

Y luego... que podremos decir... No entró a la bóveda... lo llamó a Lázaro afuera. En otro momento hubiéramos pensado que se había vuelto loco, pero no podíamos pensar. Todo parecía ponerse de otros colores. Eran todas sensaciones. Misterio, alegría, asombro, miedo; todo latía en nuestros corazones de una manera increíble. Porque nuestro hermano salió caminando...

No supimos que hacer. Cuando nos volvió a visitar poco antes de Pascua pusimos todo para él. Hasta el más caro perfume. María, llorando, en cambio de secarle los pies con la toalla lo hizo con sus cabellos. Muchos la malinterpretaron, pero esas cosas nacen del corazón. Como siempre, los discípulos siguieron con sus alardeadas. Judas, ni más ni menos que él, nos criticó. Los fariseos incrementaron su odio y ahora querían matarlo a él y a Lázaro también... pero esa es ya otra historia, que vamos a dejar que otro la cuente.

Sugerencias homiléticas

Si es cierto que la comunidad de fe es la continuidad de Jesús en el mundo, cómo “hacemos resucitar” a los Lázaros de nuestro tiempo. Cómo atendemos a las hermanas y hermanos que quedan desamparados. Explorar estas preguntas es una de las posibilidades de contextualizar el mensaje en nuestra realidad de hoy.

Complementariamente podemos hablar sobre la afirmación de Jesús como Resurrección y Vida en situaciones de exclusión y muerte. Afirmar la fe en estas circunstancias es mostrar una alternativa al reproche y el llanto desesperado mediante el llanto compasivo, el que mueve a la acción.

Finalmente, ninguna causa está definitivamente perdida, ningún sepulcro definitivamente cerrado, mientras se pueda seguir afirmando el camino de la fe. Ciertamente las acciones de fe despertarán tanto adhesiones como enojos, suscitarán la fe en otros o la enemistad de los que esperan que la muerte sea muerte, y no en la posibilidad de que también la vida sea vida. El reconocimiento a ese amor puede ser muy mal interpretado, pero brilla y es aceptado en la gloria de Dios.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 024 – Marzo 2002

ISEDET, Instituto Universitario

(Autorización Provisoria Decreto PEN 1340/2001)

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos (ISEDET)

Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

Domingo 24.03.2002 – Domingo de Ramos – Néstor Míguez

Salmo 118:1-2,19-29; Isaías 50:4-9; Filipenses 2:5-11; **Mateo 21:1-11**

Análisis del texto

El leccionario se aparta momentáneamente del Evangelio de Juan y recurre a la narrativa de Mateo para el domingo de Ramos. Quizás por que Juan le da un espacio muy reducido y es poco pictórico en este hecho. Apenas le dedica cuatro escuetos versos (Jn 12:12-15). En todo caso, en Juan aparece como uno de los motivadores de la envidia homicida de los fariseos (Jn 12:19). Pero vayamos al texto de Mateo que es el indicado.

Nuevamente quiero usar el método del acercamiento desde los personajes. Vamos a entrevistar a uno de algunos de los peregrinos que gritan ¡Sálvanos ya! (Hosanna) a ese Jesús que entra montado en un borrico.

- Venimos para la fiesta. De una pequeña aldea un poco al sur de Cafarnaún, cerca del Mar de Galilea.

- Ahora se llama Lago Tiberíades.

- Así lo nombran los romanos, no nosotros. Nunca diré ese nombre, pues recuerda al Emperador Tiberio, que nos aumentó impuestos y fraccionó el territorio. Nuestra familia tenía allí una pequeña parcela de tierra, la herencia de mis antepasados. Cuántas veces la perdimos a lo largo de la historia: asirios, babilonios, griegos, como tandas sucesivas, nos fueron empobreciendo. Conquistaban, arrasaban, se llevaban a los reyes y dirigentes, y nos dejaban a nosotros para seguir trabajando para ellos, como siervos. Había que pagarles tributo. Hace un tiempo, en época de mis bisabuelos, una familia valiente y sus vecinos se rebelaron y lograron hacer un gobierno propio. Les pusimos por sobrenombre “macabeos”. Ellos también eran campesinos, y nos repartieron las tierras de nuevo. Los hijos de ellos se corrompieron y entraron en componendas y peleas internas. Pero nosotros al menos pudimos retener nuestra parcela, hasta que vinieron los romanos.

Los romanos fueron más sutiles. No siempre arrancaron la tierra por la fuerza. Poco a poco nos fueron aumentando los impuestos. Impuestos para ellos, tributos para Herodes, los diezmos para el Templo... la mitad de mi cosecha se iba en impuestos... no nos pudimos mantener. Nos endeudamos. Un prestamista de la ciudad, que también es recaudador de impuestos, se quedó con nuestro campo. Con los terrenos de otros varios vecinos también. Armó un latifundio al estilo

romano. Nos echó a todos y compró esclavos porque le resultaba más conveniente. Dos hijos míos fueron rematados como esclavos por mis deudas y los compró él. Al más chico lo mataron por que trató de escapar. Lo crucificaron... murió ante nuestros ojos... tardó tres días de horribles sufrimientos. Yo, la verdad, ardía de bronca, de coraje. Estaba pensando en irme a la montaña con uno de mis vecinos, que se juntó con otros desalojados y andan asaltando a las caravanas.

Estaba pensando eso cuando, en una reunión que tuvimos un sábado en la aldea, apareció este Jesús. Si, este mismo que entra ahora... [interrumpe un grito: ¡Hijo de David...sálvanos!]. Este viene en nombre de Dios, estoy seguro... Te sigo contando... Pidió el libro del profeta Isaías... leyó. Sus palabras parecían correr en mis oídos. Se acercó a mi esposa. Ella lloraba. Le aseguré que nuestro hijo vivía. Que Dios pronto intervendría para establecer su justicia (Creo que hablaba de este momento ahora). Un vecino rengo empezó a saltar. Parecía que todos los demonios que nos azotaron salían corriendo. Lo seguimos un par de días.

Es Elías, creo, recordando lo que mi abuelo contaba de ese profeta. Es un profeta de los grandes, como los de antes. Uno de esos días, en que pudimos acompañarlo todo el tiempo, vimos como sanó a muchos. Habla con sencillez, desde las cosas de todos los días, pero con una fuerza, con una autoridad... no como esos maestros sabihondos que vienen de la ciudad y no entienden nada... que estas leyes de allá, que estos rituales de acá. Qué saben ellos de nuestra miseria... Pero este sí que sabe, es uno de los nuestros, pero elegido de Dios.

Por donde iba... disculpe, me emociono y me disperso. Ese día, te decía, ya se hacía noche... no habíamos comido nada, nada teníamos. De repente, un muchacho le dio unos pancitos y algo de pescado que había traído. Jesús se puso a orar... no sé que pasó, pero la cuestión es que comimos todos todo lo que quisimos y hasta sobró. ¿Cómo no querer que este sea nuestro Rey?

Hacía un tiempo que no lo veía. Escuché que andaba por otros pueblos, que había hecho un viaje con sus discípulos... Mi esposa y yo vinimos a Jerusalén para la fiesta. La verdad es que no les tengo ninguna simpatía a estos sacerdotes... son unos ladrones y explotadores. Pero uno quiere estar bien con Dios, a pesar de todo; queremos celebrar la Pascua, pedir que el Señor libere a nuestro pueblo como en época de Moisés. Y me encuentro con que está él también en la peregrinación, que está viniendo con nosotros. Mira, sobre ese burrito... Está sereno, sabe lo que hace... ¡Es un príncipe...Gloria a Dios en el cielo! ¿No será este el nuevo Moisés que manda Dios? El nuevo David que nos dice la promesa... ¡Hijo de David, bendito seas. Sálvanos ahora!

Mirá, Mirá!!! Va al Templo... mirá... ¿qué hace? Está enojado...se puso bravo... está tirando las mesas, deja escapar a los corderos y las palomas... Nadie se atreve con él. ¡Tiene que ser el enviado de Dios! Le hace frente a los sacerdotes y escribas... les dice ladrones, se los dice en la cara. Este sí que es valiente... Es Jesús el profeta... Es de los nuestros, de Nazaret de Galilea... Es nuestra esperanza, es nuestro Salvador...

[Una semana después] Ahhh. Es Ud. otra vez...Qué quiere que le diga. Lo mataron... No pudimos hacer nada... El viernes, cuando abrieron las puertas de la ciudad (los peregrinos acampamos afuera, Ud. sabe), ya lo llevaban a crucificar rodeado de soldados romanos. Los sacerdotes y sus secuaces del templo lo buscaron de noche, mientras dormíamos. No pudieron tolerarlo, sabían que les iba a quitar el poder. Aunque ni intentara ninguna cosa, su palabra sola ya los acusaba, el pueblo sentía que decía verdad. Todos lo escuchábamos y los acusaba con palabras muy certeras. Claro, como les iba a hacer frente un campesino...Traidores, solo traidores... Mi esposa lloraba al

pie de la cruz... es como si hubieron vuelto a matar a mi hijo...Le escuchó gritar “Dios mío, porque me abandonaste”... ¿Se habrá olvidado Dios de su promesa...? Aunque María, nuestra vecina, dice que fueron al sepulcro y que no estaba el cuerpo... que un ángel les dijo que Dios lo había resucitado... no sé, ella está esperanzada, pero a mí me parece cuento, ilusiones del dolor... Ahora nos vamos a Emaús a visitar unos amigos y después volveremos a Magdala...

Sugerencias homiléticas

Dejamos volar la imaginación. Cambiando circunstancias y algunos detalles, podría ser el discurso de un desplazado colombiano, un piquetero de Argentina, un pescador borinqueño de Vieques, de la familia de un coccalero boliviano o un favelado de Brasil. O de una descendiente de mayas en Guatemala o una migrante ilegal en España... ¿Cómo hacemos que este mensaje vuelva a resonar con acentos de esperanza en estas duras realidades nuestras?

Quizás sea bueno reflexionar sobre la continuidad entre el Jesús de Galilea y el resucitado. Cómo el Jesús del ministerio terreno desafía a la Iglesia en la continuidad de su misión, y a la vez la fortalece y llena de esperanza para ello. Como es a la vez consuelo y promesa. Los humildes aldeanos de Galilea, con sus confusiones y límites, a su manera, reconocían a Jesús y le aclamaban. Quizás no supieran toda la teología, pero estaban más cerca que los letrados fariseos de descubrir al enviado de Dios. Como esos testimonios brindados a los gritos, con palmas y ropas en las manos, resultaron más ciertos que los prejuicios sacerdotales y el ritualismo interesado de los mercaderes.

Jesús no hacía milagros para que lo aclamaran. Los hacía por amor a los sufrientes y necesitados, a los postergados y abandonados habitantes de su Galilea, así como de otros lugares. Pero llegado el momento, aceptó este clamor levantado frente a la soberbia del Templo. Fue su manera de mostrar donde reside el verdadero amor de Dios. Sigue siendo el mensaje a anunciar.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 024 – Marzo 2002**ISEDET, Instituto Universitario****(Autorización Provisoria Decreto PEN 1340/2001)****Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos (ISEDET)****Buenos Aires, Argentina****Este material puede citarse mencionando su origen****Jueves 28.03.2002 – Jueves Santo – Néstor Míguez**Salmo 116:1,10-17; Éxodo 12:1-14; 1 Corintios 11:23-26; **Juan 13:1-17****Análisis del texto**

- Me llamo Rode. Me crió María, la mamá de Juan Marcos. Me recogió de niña, cuando murió mi madre. Yo le ayudo en la casa. Para la gente soy “la sirvientita”... a mi no me importa. Sé que servir es un privilegio. Le cuento cómo llegué a esa conclusión.

Fue la noche antes de la Pascua, el 14 de Nisán, cuando crucificaron a Jesús. Algunos lo ponen un día después, pero fue en mi casa, así que yo sé. Lo de que ofreció el pan y el vino, puede ser, pero yo no lo vi, no le puedo confirmar. Los discípulos de Jesús lo celebran, yo también participo, pero en ese momento yo no estaba. Esas palabras de comer su cuerpo y beber su sangre ya las había dicho Jesús una vez, cuando lo buscaron después de haber multiplicado los panes (cf. Jn 6:53-56). Lo que yo vi es otra cosa, y eso le cuento. Aunque admito que yo no estuve todo el tiempo allí. Subía y bajaba con las cosas de la cena, pero trataba de meterme lo menos posible, porque el Maestro quería tener un último momento de tranquilidad con el grupo más cercano.

Se mostraba tan serio, pero tan lleno de amor al mismo tiempo. No es posible un amor más grande, más intenso, total. Hasta el último día antes de morir no dejaba de pensar en los suyos, en todos nosotros, en todas nosotras. Cuando le hablé a mi patrona para que le dejara usar el piso de arriba de la casa y le preparara la cena, le escuché decir: “Esta es la hora, mi hora”. Él sabía lo que venía y quería preparar todo.

Yo hice lo mejor que pude. Les puse unas pieles de oveja para que se reclinaran, preparé la mesa, con pan y vino. Hice una sopa bien nutrida; no tenemos mucho, pero Doña María me dijo que ponga lo mejor. Cuando llegaron me acerqué para lavarles los pies, como estoy enseñada. No me gusta mucho, pero una se acostumbra... Jesús me sorprendió. Me hizo señas que no, que dejara el ánfora con agua y la toalla en un rincón del cuarto y que nos fuéramos.

Al rato, cuando subí para llevarles la sopa caliente, me quedé pasmada. Yo lo vi, nadie me la contó. Cuando se la conté a Juan casi no lo podía creer. Aunque era esperable viniendo del Maestro... Allí estaba él, Jesús, con la toalla en la cintura, inclinado delante de Judas (ni más ni menos que de Judas), lavándole los pies. Dura me quedé en la mitad de la escalera. ¡Ese era mi trabajo, y lo estaba haciendo él! Le lavó los pies a Judas y luego se puso a lavárselos a Simón. Simón se mostró casi ofendido por ese gesto: “—Señor, ¿cómo vas tú a lavarme los pies a mí? No

me lavarás los pies jamás”. El Maestro le respondió “Ahora no lo entiendes [eso es cierto, Pedro a veces es medio duro de entenderas...], pero después lo entenderás”. Él siempre le dice “Piedra” de sobrenombre. Como Simón seguía resistiendo agregó: “Si no te lavo, no tendrás parte conmigo”. ¡Para tener parte con Jesús hay que dejarse servir por él! Claro que resultaba difícil de entender. Hemos sido criados para pensar de otra manera. Que hay que servir a los más poderosos, y reclamar el servicio de los inferiores. A mí, mujer, joven, criada, siempre me toca estar debajo de todos, no puedo pedir que nadie me sirva y todos se creen con derecho a reclamarme. Pero él tenía otra cosa en mente... después lo dijo.

Entonces Pedro, cuando no, exageró: “Entonces lávame todo, pies, manos, cabeza”. El Maestro se sonrió. Vaya si nos conocía bien a todos... como que podía leer de antemano nuestras reacciones. También a mí... sabía mi nombre, cuando venía a Jerusalén pasaba por la casa y siempre me dedicaba una palabra, me sonreía. Claro, lo que me dijo a mí no quedó escrito en ningún lado, pero sí en mi corazón. También sabía lo que iba a hacer Judas. Por eso, cuando le contestó a Pedro que el que está limpio no necesita que lo laven, agregó como comentando para sí, pero lo suficientemente alto para que todos pudieran oírlo... “pero no todos son limpios...”. Pensé que se refería a que acababa de lavarles los pies. Pero es más profundo que esto. Es que su amor nos ha hecho más puros... No con los rituales que enseñan los fariseos, sino con otra pureza, la pureza del amor. El amor de Jesús saca lo mejor de nosotros, lo bueno que hay nuestro corazón, lo que él mismo puso. Por eso agregó que, aunque le decimos Maestro, él se puso a servirlos. Para que podamos recibir y disfrutar de lo que significa ser amados gratuitamente. Y entonces podamos hacer lo mismo. Como le decía antes, me cambió la idea de qué significa servir. Porque dijo que el siervo no es mayor que su Señor, pero él, que es Señor, se puso en mi lugar, el de una sierva...dijo que los que servimos somos bienaventurados... Servir no es una deshonra... otra cosa es que te atropellen. Estoy aprendiendo la diferencia.

Bueno, mientras tanto ya se había enfriado la sopa. Así que tuve que bajar y ponerla otra vez al fuego. ¡Buen reto me dio la señora! Me dijo que no hay que espiar. Pero no me importó mucho, en esos minutos había aprendido más acerca del Maestro y de mi misma que en toda mi vida anterior. Llevé la sopa apurada, le dejé sobre la mesa y me fui. Al rato volví para buscar la fuente. Estaban terminando. El más jovencito estaba reclinado sobre el pecho de Jesús. Pedro los miraba a todos con una mirada entre angustiada y amenazante. Algo raro estaba pasando. Jesús pasó el pan por la fuente, como le gustaba hacerlo, pero no lo comió él, se lo dio a Judas. Algo le dijo, no escuché bien; que hiciera lo que tenía que hacer o algo parecido. Judas se levantó y salió apurado. Como si llevara el diablo en el cuerpo. Casi me tira por la escalera. Siempre decía que hay que pensar en los pobres, pero después nos maltrataba. Así terminó...

Ahora sigo sirviendo en casa de María y Juan Marcos. Muchas cosas han cambiado. Me tratan distinto, y para mí servir es una alegría. Eso sí, también estoy aprendiendo a hacerme valer: ahora sé que soy una hija de Dios, que no me pueden maltratar porque sí. No me voy a olvidar nunca: el mismo Jesús una noche hizo mi trabajo, se puso en mi lugar....para que yo pueda estar en el lugar de él. Esa es mi verdadera pureza, la que nunca me podrán arrancar. “El que me recibe a mí, recibe al que me envió”, decía Jesús esa noche... que me cuenta, ahora soy Rode, la sirvienta, la que viene en nombre de Dios”.

Sugerencias homiléticas

Este texto se ha usado para el tema de la humildad como actitud interior, como sacramento del servicio, para señalar la disposición de amor de Jesús aún frente a Judas. Todos estos aspectos están destacados en el relato bíblico. Pero también nos hablan de los distintos conceptos de pureza, y de la relación entre pureza y servicio, entre acción y bienaventuranza.

Es también un texto sobre la dignidad y la misión. Es posible pensarlo desde “el Jesús que se pone en nuestro lugar”. ¿Cómo nos ayuda a llevar nuestras tareas, aún las más pesadas y difíciles, con dignidad? Y cómo el hecho de que él se ponga en nuestro lugar nos ayuda a ponernos a nosotros como sus mensajeros. El que Jesús ocupa el lugar del siervo dignifica todas las tareas, valora todas las personas. Este es también un posible mensaje de este texto.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 024 – Marzo 2002

ISEDET, Instituto Universitario

(Autorización Provisoria Decreto PEN 1340/2001)

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos (ISEDET)

Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

Viernes 29.03.2002 – Viernes Santo – Néstor Míguez

Salmo 22:1-23; Isaías 52:13-53:12; Hebreos 4:14-16 y 5:7-9; **Juan 18:1-19:42**

Análisis del texto

“La situación no es fácil para nosotros. Estábamos acostumbrados a otra vida, a que todo nos iba bien, no teníamos problemas de dinero. A Papá todo el mundo le rendía cortesía, lo trataba con deferencia. Ahora es distinto. Lo desprecian, nadie de sus antiguos amigos quiere tratarlo, ya no lo convocan a las reuniones del Consejo. Tampoco creas que con los discípulos de Jesús las cosas son del todo fáciles. A pesar que él ya les dio todo lo que teníamos para compartir. Sí, por supuesto que nos tratan bien, pero las diferencias se notan. Ellos son campesinos de Galilea, hombres de trabajo, rudos, sin escuela. Nosotros gentes de ciudad, criados en Jerusalén, acostumbrados a ciertas comodidades. Papá es uno de los pocos que sabe escribir, por su oficio. Él sigue siendo bastante estricto con algunas tradiciones, con lo del sábado, con lo de la pureza... es cierto que ahora es mucho más flexible y comprensivo que antes, pero son como hábitos, como cosas que no ha logrado sacarse de encima.

Papá es de esos hombres tímidos fuera de casa, pero que en casa habla mucho. Le cuenta todo a Mamá, y nosotros escuchamos. Mi hermana más chica no entiende mucho. Pero él quiere que yo sepa para poder decidir bien cuando me toque reemplazarlo. Aunque ahora me parece que no va a haber sucesión ni herencia. Es más, lo más probable es que tengamos que irnos de Jerusalén.

Él lo conoció a Jesús la primera vez que vino a Jerusalén. No crean que le gustó, por el contrario. Estaba muy enojado por lo que había pasado en el Templo [En el Ev. de Jn la “limpieza del Templo” por parte de Jesús ocurre en la primer visita, Jn 2:13-20]. Después lo acechaba cada vez que vino por acá. A veces le venían dudas. Él decía que estaba siguiéndolo de cerca para controlarlo, pero ahora reconoce que en realidad cada vez que lo escuchaba se sentía atraído por su presencia. Casi le envidiaba su confianza en Dios, esa identidad con el Padre. Decía que era falta de respeto, que era blasfemia. Pero en el fondo Papá también quería sentir esa cercanía de Dios. Dudaba; por momentos se acercaba, pero después, cuando aparecían esas otras palabras duras, exigentes, que se apartaban de la Ley y las tradiciones, se volvía atrás.

Lo que lo decidió fue lo que pasó en Betania, con Lázaro. Papá conocía a la familia, alguna vez le había comprado aceite a Lázaro. Así que, cuando Lázaro murió, él fue a Betania para visitar y llevarle el pésame a las hermanas. Estaba en el momento que llegó Jesús. Vio todo lo que pasó

ese día. Y a partir de allí, creyó. Se dio cuenta que lo que decía Jesús era cierto, que era enviado de Dios, que esa comunicación con el Padre no eran las charlatanerías de un impostor sino un don único, la bendición de ser y saberse Hijo de Dios. Como, en su manera, nosotros también lo somos ahora. A partir de allí, en su corazón, secretamente, decidió seguir a Jesús.

Pero lo que pasó en Betania también fue decisivo para el otro lado. Cuando se enteraron reunieron el Concilio. Papá fue, como siempre. Iba dispuesto a dar testimonio de lo que había visto, para que otros también fueran a escucharlo. Pero se tuvo que callar la boca. En realidad, sintió mucho miedo. La mayoría dirigida por Caifás se inclinó por liquidarlo. Sólo él y Nicodemo se abstuvieron de apoyar esa decisión. Y a partir de allí comenzó la intriga. Jesús sabía, y por eso dejó de hacerse visible, cuando no estaba rodeado por el pueblo, que lo protegía. Por eso tuvieron que sobornar a Judas, para que lo entregara de noche, cuando no había gente. Aún así Pedro ofreció algo de resistencia. Aunque después, en el patio de Anás, él también tuvo miedo. Por eso Pedro no es tan duro como otros para juzgar a Papá. Él también quiso ponerse a resguardo esa noche.

En casa de Caifás todo estaba arreglado. Papá cuenta que el que no tenía otros intereses que defender estaba amenazado o estaba sobornado. Tanteó el ambiente, y vio que todo ya estaba decidido, que no podía hacer nada. Además ellos le tenían miedo a “esa turba de galileos revoltosos”, como decían. Tenían miedo que la gente de Jerusalén también comenzara a seguir a Jesús. Y que se armara algún lío y viniera la represión romana. Si eso ocurría, ellos perdían su poder. Unos pocos quisieron hacer las cosas más prolijas, pero no pudieron. Estaban apurados, querían terminar todo antes que se abrieran las puertas de la ciudad y los peregrinos de Galilea vieran lo que estaba pasando.

La cosa cambió ante Pilato. A Pilato no le gusta estar acá, dice Papá. No le gusta Jerusalén. Viene solo para las fiestas, por miedo de que se arme lío. Él prefiere estar en Cesarea, donde tiene palacios, baños, el estilo de vida romano. Cuando viene acá tiene que acomodarse en la Torre Antonia, vivir acuartelado. Así que quiere sacarse los problemas de encima y volverse lo antes posible. Así que los atendió en el patio militar, el que llaman Enlozado.

Allí había una puja de poder. Pilato no tenía mucho interés en Jesús, a la verdad. Lo tomó como a un filósofo barato, de esos cínicos que andan por allí. Le hizo preguntas sobradoras. Le preguntó por su Reino, por la verdad... me parece que para ironizar, y de paso poner en ridículo al Consejo. “Miren lo que me traen, como puede ser peligroso este”, les decía. “No sé para que quieren matar a este tipo, yo no veo que sea un delincuente”. En realidad, les quería hacer notar que él era el que tenía el poder, el ejército, la fuerza. Ya lo había hecho otras veces. Pero esta vez le salió mal. Lo amenazaron con mandarle una delegación al César, denunciándolo de no mostrarse lo suficientemente celoso del poder romano, de no ser “amigo del César”. Justo ellos, resultaron más protectores del César que el propio Pilato.

Cuando Pilato se asomó, vio al grupo de gente más rica de Jerusalén. Eran unos trescientos, entre ellos y sus secuaces. Allí solo entran los que quieren los soldados. Por eso no extraña que ese grupito, reunido durante la noche, haya pedido la crucifixión. Había muchos chicos que habían sido mis amigos, jóvenes de mi edad mandados por sus padres, los comerciantes de la ciudad, esa gente. Cuando amaneció, todo estaba resuelto. Pilato todavía se dio el gusto de mandar a crucificar a otros dos, y de ponerle un cartel como “Rey de los judíos”. Fue una manera de decirles que él seguía mandando, a pesar de todo.

Papá no quiso ir. No pudo soportarlo. Yo sí, aunque me mantuve lejos. Nadie se va a fijar en un muchacho joven que curioseaba. Los discípulos no estaban, solo el más joven, que estaba abrazado a la mamá de Jesús. Es un chico muy sencillo, muy amable, muy inteligente... Ese es otro de los que escriben, anota todo lo que pasa. Había otras mujeres. Jesús duró poco crucificado. A las pocas horas había muerto. Yo vi cuando, para asegurarse, un soldado le clavó la lanza en el costado. A los otros les quebraron las piernas para que terminaran de morir.

Cuando volví a casa y le dije a Papá que ya había muerto, no lo podía creer. Le dije lo de la lanza, que había visto como salía agua y sangre de su costado. Se puso blanco. Cayó al piso, gemía como un niño. Lo escuché murmurar... “ay, Dios, mi Dios”, decía. De repente, como movido por una fuerza extraña, se puso de pie. Se lavó la cara, tomó su capa. Le brillaban los ojos, todo en él había cambiado. Me asusté. “¿Adónde vas, Papá?”, le pregunté. A ver a Pilato, me dijo. ¿A Pilato?... se asustó Mamá. Llamó a un par de sirvientes, salió con decisión. Me sentí desvalido. Mamá me agarró y me apretó contra sí... sentíamos que nuestra vida cambiaba con ese gesto...

Volvió como dos horas después. Tenía la ropa manchada de sangre, también los sirvientes. Mamá lo miraba espantada. “Lo bajamos de la Cruz”, dijo. “Hablé con Pilato, no se negó. Nicodemo trajo unguento y vendas y lo sepultamos, como corresponde. Él murió porque nosotros tuvimos miedo. Pero se acabó el secreto. Sí, yo soy un discípulo de Jesús. No sé que pasará mañana, pero sentí que Dios me dio esa confianza que siempre le pedía, que Jesús muriendo había hecho por mí lo que yo nunca pude hacer por él. Que no hay amor más grande. Que en esa cruz se mostró su verdadera gloria. Ese amor no se puede seguir dejando callado”.

Esa noche recordamos la Pascua. Fue otra Pascua. No hubo cordero, apenas un poco de pan. Jesús había muerto a la hora en que en el Templo matan a los corderos. Papá oraba y oraba. Pedía por una nueva Pascua de vida... y Dios se la dio, nos la dio.

Sugerencias homiléticas

La cruz nos despierta miedos y ansiedades. Seguir a Jesús hasta la cruz, tomar su cruz y seguirle toma dramatismo cuando deja de ser una figura retórica y se transforma en compromiso. Pero también convoca al amor y la confianza, exige una respuesta.

No sabemos lo que el seguimiento pueda traer. Como ha de manifestarse en grandes decisiones o en la vida de todos los días. Y eso nos da temor. Descubrimos que las fuerzas del privilegio, la corrupción y la muerte, anidan en todos lados, desde los espacios más chicos hasta los más grandes. Enfrentarlas trae sus consecuencias, no solo para nosotros, sino también para nuestras familias, nuestra profesión, nuestras relaciones sociales. El testimonio es un llamado, pero hacerse discípulo de Jesús, y publicarlo, no son actos sin consecuencia. Justamente por la experiencia de la Cruz.

Pero es también la experiencia de la gloria de Dios, del amor infinito que nos hace dignos, de la cercanía del Padre en los momentos difíciles de desamparo, dolor o cercanía de la muerte. Es una invitación a la confianza y la nueva vida. Se puede contar lo de la cruz, se puede hacer mucha teología sobre ella, se la puede tomar como metáfora de muchas cosas. Pero solo la experiencia del amor de Dios derramado en ella por el ministerio de Jesús le da sentido.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 024 – Marzo 2002**ISEDET, Instituto Universitario****(Autorización Provisoria Decreto PEN 1340/2001)****Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos (ISEDET)****Buenos Aires, Argentina****Este material puede citarse mencionando su origen****Sábado 30.03.2002 – Vigilia de Resurrección – Néstor Míguez****Salmo 118:1-14, Jonás 2:2-9, 1 Corintios 5:6-8, Lucas 24:13-49****Análisis del texto**

El relato de los viajeros de Emaús es quizás el único pasaje del Nuevo Testamento que nos permite atisbar algo de lo que pasó el sábado, cuando todavía no se sabía que esa noche era la “vigilia de Resurrección”, sino apenas el sábado del sepulcro. Un día después la experiencia de la Resurrección trajo una nueva luz y todo cambió definitivamente. Pero, ¿cuál sería el ánimo y situación de los discípulos ese sábado? Pedro con el amargo sabor de haber negado a Jesús en el momento decisivo, y sin oportunidad de reparar su cobardía. El discípulo amado con el recuerdo nostálgico de aquellas últimas horas que no volverían. Las mujeres con las pesadillas de esas últimas horas de horror, del espectáculo desgarrador de la cruz, con ese último grito con el cual entregó el espíritu aún resonando en sus oídos...

Ahora Cleofas y su acompañante (quizás fuera María, su esposa, la que había estado a los pies de la cruz – Jn 19:25, también discípulo de Jesús. El texto griego permite entender esto sin dificultades... el relato supone que viven juntos y comparten la mesa) nos muestran qué significaba para ellos. Era la muerte de la esperanza, el fin definitivo de todo sentido. Todo se volvía incomprensible (Jesús les dirá después que es por que no comprendían las Escrituras). Ellos habían visto en Jesús el profeta esperado, cumplimiento de la promesa davídica, el restaurador del reino de Israel y el que proclamaba la verdadera fe (lo que no podía separarse del Reinado de Dios, como el mismo Jesús lo había predicado).

La descripción que brinda Cleofas marca su comprensión del ministerio de “Jesús nazareno, que fue varón profeta, poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo; y cómo lo entregaron los principales sacerdotes y nuestros gobernantes a sentencia de muerte, y lo crucificaron. Pero nosotros esperábamos que él fuera el que había de redimir a Israel” (v. 19-21a). Explicable su obra, reconocible su carácter: También la mujer samaritana y el que había nacido ciego lo habían reconocido profeta, y así lo veía la mayoría del pueblo (Mt 14:5 y otros). De obras excelentes, de palabras coherentes. Inexplicable, o quizás sí, la reacción de los gobernantes que lo hacen matar. Totalmente inexplicable su muerte, finalmente, el fracaso del bueno elegido de Dios, del justo de palabra exacta y fe firme. ¿Qué podemos esperar los demás?

Ya van pasando los días y todo vuelve a la anormalidad cotidiana. La injusticia seguirá reinando, los poderosos seguirán burlándose del bienhechor e imponiendo sus “malas palabras”, generando muerte, disolviendo las expectativas y esperanzas de los humildes. Pascua recordaba la gesta liberadora del éxodo de Egipto, pero esta Pascua había significado la muerte del cordero y no había redención. En seis días fue hecha la Creación, y el sábado estaba destinado a conmemorar y celebrar ese Dios y su obra maravillosa. Pero en este sábado en particular solo cabe lamentar, porque la creación fue desecha. Lo más noble que se conoció en ella yace en tumba, ¡en tumba ajena, para colmo!

Solo algunas mujeres (¿se habrán enterado por la amistad de María con las que fueron al sepulcro?) se atreven ahora a atisbar un futuro distinto, por la noticia de la Resurrección. Pero para salir de este sábado sin Dios habrá que dar aún un salto de fe, que solo podrán realizar cuando se les abran las Escrituras, y, ardiendo su corazón, puedan reconocer el gesto del pan compartido que muestra que no todo está perdido, que la esperanza se obstina en seguir viva, porque ese Jesús, profeta de buenas obras y buenas palabras, el Hijo de Dios, ha resucitado ciertamente.

Sugerencias homiléticas

El sábado no suele ser día de muchas celebraciones. Algunas Iglesia no tienen reunión ese día. Y sin embargo, no deja de ser significativo. Es el día del gran silencio, el momento en que fue más cierta que nunca la frase de F. Nietzsche: “Dios ha muerto”. Nuestra humanidad, en muchos sentidos, sigue aferrada a ese sábado. Se ha olvidado, o aún no ha creído, que hay una Resurrección posible.

Por eso vivimos como vivimos, negando la humanidad de los otros, poniendo nuestra esperanza en el consumo, postergando el sentido de justicia y solidaridad. El panorama de la humanidad de este sábado sin gloria es desolador. Nuestra vigilia, sabiendo de la resurrección, es creer ese mensaje temprano de las mujeres que fueron al sepulcro, y anunciarlo para que una nueva alborada se produzca para esta humanidad de conflictos.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 024 – Marzo 2002**ISEDET, Instituto Universitario****(Autorización Provisoria Decreto PEN 1340/2001)****Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos (ISEDET)****Buenos Aires, Argentina****Este material puede citarse mencionando su origen****Domingo 31.03.2002 – Domingo de Pascua de Resurrección – Néstor Míguez**Salmo 118:1-2.14-24; Hechos 10:34-44; Colosenses 3:1-4; **Juan 20:1-10****Análisis del texto**

En algún momento se habrán encontrado María de Magdala y el discípulo amado para contarse estas cosas. Él las puso luego por escrito, pero sólo pudo conocer algunos detalles a través de ella. Después de todo, María fue la primera en ver a Jesús resucitado, la única mortal en encontrarlo cerca del sepulcro aquella mañana, si aceptamos lo que él después narrara. Se habrán intercambiado puntos de vista, impresiones, testimonios. Siguiendo el método que hemos optado hasta aquí, imaginaremos ese diálogo.

El Discípulo amado (DA): Quiero que muchos puedan saber esta historia. Nosotros la hemos vivido, fuimos los testigos directos; lo escuchamos, lo tocamos. Pero nos estamos poniendo viejos... y hay muchos jóvenes que se preguntan de qué se trata. Esa gloria... esa luz... ¡Qué bendición que puedan creer, aunque no lo hayan visto! Son más fieles que nosotros... nosotros más afortunados, porque anduvimos con él... ellos más fieles, porque creen sin ver. ¡Benditos!. Y que todos podamos tener esa comunión, ese amor en el que él nos ha reunido entre nosotros, y nos reúne con el Padre... por eso quiero poner estas cosas por escrito, para que haya memoria... pero sobre todo para que haya fe. Para que creyendo tengan vida... La vida eterna es hacer las cosas que él nos enseñó... mantener ese amor entre nosotros...

María de Magdala (MM): No pensarás escribir todo... no te van a alcanzar todos los papiros... son caros, escasea la tinta... hemos quedado muy pobres, nos están corriendo de todos lados... algunas hermanas fueron torturadas y muertas. A los hermanos que todavía tenían algo le han confiscado los bienes...

DA: Por supuesto que no se puede poner todo lo que hizo Jesús, pero al menos aquellas cosas que fueron las señales más claras de su gloria, las que invitan con más fuerza a la fe. Sin duda, lo primero que debo registrar es su Resurrección. Por eso quería escucharte una vez más... Fuiste la primera en verlo, la bendita primera en escuchar su voz después que estuvimos juntos a los pies de la Cruz... la primera mensajera de la nueva vida...

MM: La primera incrédula también... porque viéndolo no lo veía, mis lágrimas eran más fuertes que mi vista... hasta que dijo mi nombre... no puedo recordarlo sin llorar otra vez... pero ahora son otras lágrimas, ahora son otras certezas...

DA: Una vez más, despacio, para no perder detalle, que todavía no se inventó el grabador... Repasemos lo de aquella mañana.

MM: Era el primer día de la semana. Habíamos pasado el sábado encerradas, con miedo. Algunas hermanas habían estado preparando los ungüentos para el cuerpo. Nos enteramos que José de Arimatea había bajado el cuerpo de la Cruz y lo había puesto en un sepulcro cercano. ¡Cómo cambió ese hombre al ver a Jesús crucificado! Pensar que antes no quería que nadie supiera que le seguía. Lo mismo que Nicodemo. Y ahora se habían presentado ante Pilato, se habían expuesto... Para ellos la Cruz fue como una revelación, como una fuerza que no pudieron resistir. Les mostró hasta que punto llegaba el amor de Jesús. Entonces reaccionaron, les vino la valentía que antes no tenían.

Nosotras no sabíamos que ya Nicodemo lo había perfumado y envuelto... pensamos que el cuerpo estaría simplemente tirado en esa tumba oscura... que dolor... qué injusticia... Así que nos disponíamos a ir a cumplir con esa tarea. Yo no pude contenerme... era como que él me estaba reclamando... una locura mía, un impulso por acercarme otra vez, aunque estuviera muerto. Así, que mientras las hermanas preparaban las especias, cuando todavía era oscuro, me adelanté, para orar, para mirar, no sé bien para qué... creía que el sepulcro estaría tapado y yo no tengo fuerza para mover sola esa piedra... pero iba igual...

DA: Y lo encontraste abierto...

MM: Quedé perpleja y angustiada. Se me hizo un nudo en el corazón. No podía dejar de llorar, no sabía bien por qué, pero lloraba y lloraba. No tenía explicación. Ya sabes, salí corriendo para avisarles. En el camino se me ocurrió que alguien habría sacado el cuerpo... No sé, ni idea por qué. Que quizás los romanos para que no quedaran evidencias, o los sacerdotes para insultarlo todavía más, para no quedara ni la memoria de su paso (ya sabes que sepultura y memorial son palabras similares)... En un momento pensé que el jardinero, sin saber lo que había pasado, lo había llevado a alguna otra sepultura, o lo habría despeñado al Gehena... me horroricé al pensarlo...

DA: Cuando viniste a contarlo yo estaba con Pedro. No siempre me llevaba bien con Pedro, era tan cabeza dura... Nos separan años, carácter, la manera de relacionarnos... Pero esa mañana sentí compasión por él. No habíamos dormido en toda la noche, estaba desolado, destruido. No podía consolarse por haberlo negado en el patio de Anás... “Nunca tendré oportunidad de pedirle perdón”, lloraba como un niño. “Él lo sabía... me lo había dicho”, repetía. “Y ni así tuve agallas. Yo, que me considero tan fuerte...”, se lamentaba una y otra vez. Pensar que después Jesús resucitado le dio oportunidad para que tres veces le expresara su amor, cuando nos encontramos en Galilea... Cómo se rehizo con ello... cómo afrontó la muerte sin miedo, después, cuando lo apresaron.

Por mi parte, yo no sabía que pensar. Era muy chico, entonces, apenas un adolescente extasiado ante un hombre íntegro. Jesús se daba cuenta y me tenía especial cariño, me mimaba un poco. A los demás mucho no les gustaba eso. Por eso, cuando murió, quedé vacío, sin horizontes. Lo que había sido mi sueño se evaporaba, mi guía había desaparecido. ¿Qué sería de mi vida de allí en más? me preguntaba. Pedro no me entendía por entonces, él siempre tan decidido, un hombre con una vida ya hecha... después las cosas cambiaron...

Salimos corriendo cuando te escuchamos. Yo al principio lo esperaba a Pedro; él venía jadeando detrás. Al final pudo más mi ansiedad y me adelanté. También noté la piedra corrida, me agaché para mirar en la cueva. Vi la tela que le había puesto Nicodemo tirada a un costado, pero no me animé a entrar. Cuando llegó Pedro se mostró más valiente, él se metió adentro. Notó también la tela puesta allí, y el sudario enrollado aparte. No sé que hizo con ellos. Quizás se los guardó y se los llevó a Roma... otros dicen que se los llevaron a Éfeso... La verdad, no recuerdo... No podía fijarme en ese detalle en esos momentos. Vaya a saber... mientras eso después no se vuelva un lío. Ya sabes que algunos hermanos les da por juntar recuerdos y luego se pelean por ellos, que lo tengo yo, que lo tiene él... quizás se quedaron simplemente allí...

MM: Después entraste también.

DA: No sabía qué pensar... Pedro estaba como mudo. No dijo nada. Nos miramos... era todo tan misterioso. Pero yo sentí dentro de mí una profunda confianza. No tenía las ideas claras: no me acordaba de sus palabras acerca de la Resurrección. Aunque conocía las Escrituras, aunque él nos lo había dicho tantas veces, en ese momento el deslumbramiento era mayor que la inteligencia. Pero sentí confianza, de alguna manera supe que podíamos seguir creyendo en él, que esa Cruz había sido su elevación al cielo mismo, que nosotros seguíamos en él, y él estaba en nosotros. Creí, confié, por lo que vi y por lo que no vi. Claro, después esa sensación, esa orientación fuerte, ese sentido último se confirmó cuando sus apariciones. Esa bendición es lo que he tratado de comunicar desde entonces.

MM: Yo, en cambio, tarde un tiempo más en reaccionar. Ni tú ni Pedro se dieron cuenta que yo había ido nuevamente al sepulcro. Con estas ropas las mujeres no podemos salir corriendo como hacen los varones. Iba detrás de Uds. y llegué cuando Uds. ya estaban mirando en el sepulcro. Cuando volvieron a avisar a los otros discípulos yo me quedé allí, llorando. Fue entonces que lo encontré. Pero esa historia ya te la conté varias veces...

Sugerencias homiléticas

Se puede trabajar en la Resurrección de Jesús como el espacio de nuestra conversión, no solo de la conversión primera a la fe, sino también de nuestras conversiones cotidianas en el seguimiento de Jesús. Lo que nos permite rehacer las vidas. La angustia llorosa de María de Magdala, la desolación de Pedro, que se había tenido que confrontar con su propia debilidad, la desorientación del discípulo amado, encontraron respuesta es mañana de Resurrección. ¿Qué cosas en nosotros mismos se asemejan a ellas, cómo la resurrección de Jesús nos da salidas?

La predicación del Domingo de Resurrección no sólo es la referencia al milagro de un tiempo lejano en un país lejano. Debe ser el anuncio de nuestras propias resurrecciones, de como nuestras historias de vida de cruzan con la de este maestro de Nazaret para conocer otras expectativas, otras certezas, otras valentías.